

XXV
SITIO DE PUEBLA
DEL 16 AL 26 DE MARZO DE 1863

El Ejército de Oriente se reorganizó bajo la dirección del General Don Jesús González Ortega y siendo su Cuartel Maestro el General José María González de Mendoza; y la Brigada que yo mandaba quedó como 2a. de la 1a. División, cuyo mando se encomendó al General Don Felipe B. Berriozábal. La 1a. Brigada de dicha División la mandaba el Coronel Juan B. Caamaño, y la 3a. el Coronel Manuel Márquez de León.

Entretanto el General Forey movió su ejército sobre Puebla en Febrero de 1863. A principios de Marzo siguiente, llegó a Amozoc, distante una jornada de Puebla, y el 16 de ese mes se avistó a esa ciudad.

El Ejército de Oriente se encontró en Puebla en Diciembre de 1862, y en Marzo siguiente comenzó el sitio por los franceses. Al principio la Brigada de mi mando no tuvo colocación en la línea, y por varios días permaneció disponible como reserva. Cuando los franceses llegaron al frente de Puebla y comenzaron sus operaciones de sitio, destacaron una columna como de 10,000 hombres por nuestra izquierda y otra igual por la derecha que marcharon todo el día con la intención visible de envolver a la ciudad en una línea que iban estableciendo fuera de tiro de cañón, con intención también muy marcada de estrechar después su diámetro y tomar en la nueva línea posiciones definitivas. Observado esto desde el cerro de Guadalupe, durante el día de esa maniobra por los Generales La Llave, Berriozábal, Antillón, Negrete y por mí, fuimos todos juntos, previo permiso correspondiente, a proponer al General en Jefe un plan de ataque que debía ser

ejecutado precisamente en esa noche, porque más tarde sería inoportuno.

La cabeza de cada una de las columnas que envolvían a la plaza, distaba de su centro y núcleo principal, diez o doce horas de marcha de día, y mucho más si se ejecutaba de noche por los accidentes naturales del terreno, distando de nuestra línea de defensa dos tiros de cañón. Por consiguiente podíamos atacar a una de esas columnas, con seguridad de que el núcleo principal del ejército enemigo no podría protegerla, y una vez derrotada, como era muy probable que sucediera, la fuerza victoriosa reforzaría la parte de nuestra línea que hacía frente al núcleo principal del enemigo, pues estando éste en la imposibilidad de proteger a sus columnas, podría atacar a la plaza por el lado más próximo, y nuestras tropas de refresco atacarían a la columna de la izquierda para atacar después todos juntos el centro.

El General González Ortega argulló mucho, negándose siempre a aceptar nuestro proyecto, lo mismo que el General Mendoza. Después de media noche y perdida toda esperanza, salimos cada uno a ocupar nuestros puestos muy desanimados, y previendo claramente cuál sería, como lo fué, el resultado del sitio.

Una vez ejecutado el movimiento indicado, y cuando al fin de dos días se encontraron en el cerro de San Juan los restos de las dos columnas francesas que nos circunvalaban, el enemigo estableció en él su Cuartel General; y la línea de contravalación quedó definitivamente establecida. El primer punto objetivo del enemigo, casi sin emprender operación importante en lo demás de la línea, fué el fuerte de San Javier. Estableció allí su primera paralela, amagando simultáneamente a dicho fuerte y a otro que lo seguía por el Sur, y que se llamaba Redientes de Morelos.

Establecidas sus baterías en la segunda paralela, demolió con ella el 26 de Mayo de 1863 no sólo las fortificaciones, sino gran parte del edificio de San Javier, en donde estaba la Penitenciaría, y después de varios días de cañoneo muy vivo lo tomó por asalto; y las tropas que lo defendían se retiraron a colocarse en las manzanas vecinas, presentando siempre al enemigo, una línea de fortificaciones pasajeras.

Continuaron los ataques casi diarios por medio de los cuales los franceses seguían ocupando algunas manzanas, y nuestras fuerzas tomando sucesivamente las posiciones contiguas.

XXVI

MANUEL GONZALEZ

DEL 10 DE FEBRERO AL 31 DE MARZO DE 1863

La parte tan importante que el General Don Manuel González tomó en el sitio de Puebla y en todas las demás operaciones militares que después tuve que ejecutar, hace necesario que le consagre yo algunas páginas, a reserva de referir después sus demás proezas militares.

Don Manuel González había llamado mi atención en varios encuentros, lo mismo en Oaxaca, en el ataque de la manzana del Cura Unda, el 8 de Enero de 1858, que cuando lo mandó Cobos, el 5 de Agosto de 1860 a cerrarnos la retirada para la Sierra; pero tanto como admiraba su valor, se me había hecho odioso, por que en aquellos tiempos de poca tolerancia, lo eran todos los enemigos que de alguna manera se distinguían. Por este motivo y no obstante que personas de su familia me habían hablado para que me interesara yo con el Gobierno a efecto de que fuera admitido en nuestras filas, yo me había negado a hacerlo; pero un día, poco antes de que los franceses cerraran el sitio de Puebla, se me presentó diciéndome poco más o menos: "He solicitado de usted varias veces y por varios conductos, que me ayudara a conseguir un lugar en las filas del ejército mexicano con mi carácter de Teniente Coronel. Usted se ha negado a ayudarme en ese trabajo o no ha podido conseguirlo del Gobierno: pero ahora que ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque al enemigo no sólo lo tenemos dentro del país, sino muy próximo a

atacar esta plaza, vengo a pedirle a usted otra cosa muy distinta! un lugar en sus filas y un fusil. Piense usted que, como usted, yo también soy mexicano."

Le contesté que a un hombre de sus antecedentes y que tan generosamente ofrecía sus servicios, no le podía poner en las manos un fusil; pero que tendría lugar a mi lado como un amigo, y que pronto le facilitaría la ocasión de que se diera a conocer; que yo tenía buenos antecedentes de él y estaba seguro de que antes de mucho tiempo sería admitido en su carácter de Teniente Coronel.

En efecto, cuando los franceses aún estaban estrechando el diámetro de su línea de contravalación: propuse un día al General en Jefe ir a batir un puesto, un poco distante de sus vecinos, a derecha e izquierda y aun no comunicado con ellos porque no habían terraplanado o colocado puentes en las barrancas que los separaban entre sí, presenciando el mismo General en Jefe y el Cuartel Maestre mis operaciones desde el cerro de Guadalupe; entonces puse una compañía a las órdenes del Teniente Coronel Manuel González, la que maniobró tan bien y con tanto éxito en esa operación, que a mi regreso, cuando todo había concluido, el General en Jefe me preguntó quién mandaba aquella compañía y aproveché la ocasión para presentarle a González, mandándole en seguida que se retirara,

Referí al General en Jefe la manera con que ese oficial se me había presentado, y entonces dió orden al Cuartel Maestre, que se hallaba presente, para que González fuera dado a reconocer como Coronel, no sé si por equivocación o porque el General en Jefe quiso darle el ascenso.

El General Mendoza no solamente lo dió a reconocer como Coronel, sino que ordenó que pasara a prestar sus servicios en el Estado Mayor del Cuartel Maestre, cosa que no se verificó, porque supliqué al General en Jefe que González quedara a mi lado, para emplearlo como oficial de filas, dispnible para las maniobras que fuesen necesarias.

XXVII

SITIO DE PUEBLA

SAN MARCOS, LA CERVATANA. POSICION DEL CORONEL GONZALEZ, MANZANA DEL GENERAL LLAVE

DEL 1o. AL 7 DE ABRIL DE 1863

Continuaban las operaciones del sitio de Puebla en la forma que he referido en los capítulos precedentes, cuando el Jueves Santo en la noche, 1o. de Abril de 1863, recibí orden para mover mi brigada de la plaza de San José, uno de los lugares destinados a las reservas, para ir a ocupar la línea de manzanas que había frente al enemigo, situadas de Sur a Norte, y que se encontraban en esos momentos ocupadas por la Brigada que mandaba el General Don Mariano Escobedo y que había venido defendiendo sucesivamente la serie de manzanas perdidas. La línea que yo debía ocupar comenzaba por el Sur con la manzana en que está el convento de San Agustín; seguía para el Norte la del Hospicio y toda esa línea de manzanas hasta la Merced, situada en el extremo Norte. La manzana vecina a las mías, hacia el Sur, que era la última que había al Sur de la ciudad, estaba ocupada por el Batallón Sánchez Román de la División de Zacatecas.

Ocupé toda la noche hasta que amaneció, en recorrer la serie de manzanas que se me encomendaron para dar colocación en ellas a las tropas que debían defenderlas, lo mismo que a las trincheras que le servían de pasaje para ligarlas entre sí y en ordenar la ejecución de todas las obras que me pa-

recieron convenientes para poner a mi línea en mejor estado de defensa. No fui atacado durante todo el día siguiente, y lo aproveché para reforzar las fortificaciones, usando de todos los brazos disponibles.

En los momentos en que yo relevaba a la Brigada del General Escobedo, fué ocupada por el enemigo la manzana del Hospicio, porque la fuerza que la cubría se había retirado sin esperar la que debía relevarla, y conocido el caso por el Cuartel General se me ordenó no la disputara en esos momentos, sino que ocupara prontamente las que aun quedaban en nuestro poder. En consecuencia, interrumpida la línea de manzanas que yo defendía por la del Hospicio, mi comunicación tenía que ser tardía y por dentro de nuestra línea defendida.

Como a las seis de la tarde del 2 de Abril de 1863, que fué Viernes Santo, comencé a sentir trabajos de zapa procedentes de la manzana del Hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa de Iriarte, conocida con el nombre de Cuartel de San Marcos, que no era cuartel sino una casa habitación ocupada por su dueño, y en la cual tenía una matanza de puercos y fábrica de jabón,

Al principio me parecieron subterráneos los golpes, pero a poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del Hospicio para sacar por ellas las bocas de los cañones y batirme en brecha el Cuartel de San Marcos. Me situé desde luego en esa casa, reforcé hasta donde era posible las obras de defensa de los puestos que daban a ese frente y coloqué tropa dispuesta a defender los balcones. Llegado el momento del ataque y listas ya las defensas construídas dentro de la casa, comenzó, a las ocho de la noche, el fuego de una batería que destruyó el muro que separaba las dos puertas de una tienda que quedaba a la derecha del zaguán, y rompió las puertas, lo mismo que los atrincheramientos que las reforzaban por dentro, y convirtió en una las dos puertas de la tienda. El techo de la tienda era de bóveda muy sólida y por ese motivo no cayó, como esperaban los franceses, puesto que le habían quitado la base.

Durante el cañoneo aplicaron los franceses un fuerte petardo a la puerta del zaguán del Cuartel de San Marcos, que previamente había yo reforzado por dentro con las baldosas del patio, las del mismo zaguán y con un gran hacinamiento de tierras. Debido a este refuerzo, el petardo no causó efec-

to alguno sobre la puerta y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda.

El asalto fué resistido enérgicamente durante más de dos horas, al fin de las cuales el enemigo fué rechazado y volvió a sus posiciones, abandonando la tienda y zaguán que era lo único que había logrado ocupar.

Hubo un instante solemne en que el impetu de la carga de los franceses en el patio de la casa, desmoralizó a mis soldados que llegaron a huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar no permitió que se retiraran todos. En esos momentos disparé contra los franceses un obús que tenía en el patio, cargado con metralla y apuntado para el zaguán, y la descarga los desmoralizó al grado de que abandonaron el patio que ya ocupaban y se replegaron al zaguán.

Entre los soldados que huyeron del patio, se comprendió el pelotón que servía el obús, quedando solamente el cabo. Entre él y yo cargamos de nuevo la pieza, cuando se adelantó sobre nosotros un zuavo que probablemente habría matado al cabo, si yo no salgo a su defensa. Saqué al efecto mi pistola; pero era tan mala, pues mis cortos recursos no me habían permitido comprar una buena, que se me desarmó y me quedé con el puño en la mano, el cañón en el carcax y el cilindro rodó por el suelo; arrojé el puño de la pistola al pecho del zuavo y me adelanté sobre él, pero sintiendo un golpe se creyó sin duda herido, porque había muchos disparos en esos momentos y regresó al zaguán donde estaban sus compañeros.

El disparo del obús y la retirada consiguiente de los franceses, reanimó a mis soldados que habían huído y muchos de ellos regresaron a su puesto y parapetados tras de una fuente que se hallaba en el centro del patio, se defendieron con ella e hicieron fuego vivo sobre el zaguán, en donde había yo hecho una excavación para reforzar la puerta de la calle con tierra y lozas, y esa excavación servía de trinchera a los franceses. Entonces mandé al Teniente José Guillermo Carbó con 50 hombres, que subiera al corredor del segundo piso de la casa para atacar desde allí a los franceses. Como los fuegos de Carbó eran de la altura para la excavación, fueron tan eficaces, que muy poco resistieron allí los franceses, que fueron desalojados y se replegaron a sus posiciones.

Como a las diez y media de la noche todo había concluido

en la manzana de San Agustín. Una vez que el enemigo volvió a sus posiciones, salí con la tropa suficiente a cerrar la brecha que había abierto la artillería enemiga y a establecer allí la defensa, obra costosa para nosotros, porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería; pero al fin la terminamos y quedamos en mediano estado de defensa para el caso de que la brecha volviera a ser atacada, como lo fué al día siguiente.

Uno de los preparativos de defensa que me ocurrió hacerle, fué una serie de diez perforaciones en la bóveda de la tienda, poniendo en cada una de ellas, a un soldado con una mecha encendida en la mano y cuatro granadas de mano con mechas unidas todas por el centro, para poderlas incendiar a la vez, con orden de hacerlo y echarlas por la perforación cuando se les mandara.

Pocos momentos después de que había terminado el ataque, vinieron a avisarme que en la calle de las Cabecitas que pertenecía también a mi línea, era atacado el Coronel Balcázar, Jefe de esa manzana y que se me había agregado esa misma noche por lo insuficiente de mi brigada, para cubrir todas las manzanas cuya defensa se me encomendó. Me trasladé inmediatamente al sitio indicado y encontré que los franceses habían seguido el mismo procedimiento que habían empleado horas antes contra el Cuartel de San Marcos, esto es, que después de abrir brecha con su artillería, metieron por la brecha una columna de asalto, que aunque fué resistida enérgicamente ocupó el primer patio de una casa que tenía el segundo muy largo y que por esa razón se llamaba "la casa de la cerbatana". Llegué en los momentos en que se perdía el primer patio, y ayudado por el Lic. Don Miguel Castellanos Sánchez, atravecé un mostrador viejo de madera a la entrada del segundo patio, y coloqué allí a los soldados para que lo defendieran. El callejón que formaba el segundo patio fué defendido con heroicidad, quedando dos pelotones de nuestros zapadores en algunas de las piezas del primer patio y se defendieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses, lo mismo que algunas de sus piezas. Mandé perforar los muros para comunicarme con los zapadores que habían quedado aislados en las piezas y para proveerlos de municiones.

Practicada esa operación y contando ya con el concurso de los soldados aislados que secundaban mi empuje, logré arrojar a los zuavos a la calle, cubriendo en seguida la brecha por donde habían entrado; y por medio de esas perforaciones y de aspille-

ras para fusil, establecí fuegos convergentes a esa brecha para el caso de que sus defensores inmediatos se vieran obligados a abandonarla. Toda esta operación acabó al amanecer del 3 de abril, y en ella se hizo notable por su valor temerario el Lic. Don Miguel Castellanos Sánchez, auditor del Ejército.

El sábado de Gloria, 3 de abril como a las nueve de la mañana, comenzó un cañoneo en la misma forma, frente a una casa perteneciente a la misma manzana del Cuartel de San Marcos por su frente oriental, mientras que el Cuartel de San Marcos estaba en su frente que ve al Norte. Había yo encomendado al Coronel de mi Estado Mayor, Don Manuel González, la defensa de esa casa con una compañía del Batallón Morelos, de que era Capitán Don Máximo Velasco.

Como ya el sistema de ataque de los franceses comenzaba a serme conocido, la defensa me fué menos difícil: Los cañones usados en esa ocasión fueron más poderosos que los que se habían servido los franceses en los dos ataques anteriores, pues no solamente destruyeron el muro exterior sino dos más que le seguían paralelamente. Cuando llegué al lugar del ataque, estaba abierta una brecha en la manzana de las dimensiones de una calle ancha. No pudieron sin embargo los franceses dar el asalto, porque durante el cañoneo se les desplomaron los techos de la habitación en que habían calocado sus cañones y les taparon la batería. Mandé entonces salir a la calle al Coronel González con sus soldados, con el objeto de apoderarse de los cañones, pero esto fué imposible porque tenían encima materiales muy pesados y porque no nos permitían trabajar los fuegos transversales y muy nutridos que nos hizo el enemigo. Desistimos de la empresa y pudimos ya con alguna tranquilidad cubrir nuestra brecha. En la noche les incendiábamos el edificio desplomado, perdiendo por consiguiente el enemigo los montajes de sus cañones, y algunos de ellos se dispararon por sí mismos en los momentos del incendio, por haber quedado cargados. El Coronel González fué herido al retirarse de este combate.

Apenas concluido este ataque contra las posesiones del Coronel González, y sin que precediera cañoneo, se lanzaron dos pelotones de zuavos por la brecha del Cuartel de San Marcos, donde habían atacado la noche anterior; y como el paso por el zaguán era difícil y estaba defendido desde el patio, cuando la tienda estuvo llena de zuavos, los soldados que la cuidaban por las perforaciones del techo, lanzaron simultáneamente las 40 granadas de mano que con anterioridad estaban preparadas con

ese objeto. Como la sucesión de detonaciones conmovió mucho la casa los soldados mexicanos abandonaron sus puestos y se replegaron al corredor, porque creyeron que esa parte de la casa se iba a derrumbar. Cuando desapareció el polvo y humo causado por la explosión de las granadas, los zuavos se habían retirado a sus posesiones, dejando a los muertos y heridos muy graves que no pudieron huir, y se limitaron a cañonearnos.

Después de este ataque, no volvieron los franceses a intentar nada contra mi línea, por todo el tiempo que duró el sitio, no obstante que dieron muy frecuentes y muy serios ataques contra los Redientes de Morelos, el fuerte de Ingenieros y el Convento de Santa Inés, que fué uno de los más notables, y contra otros puntos.

El día 5 de Abril, comenzó un fuego en brecha procedente del lado de la manzana del Hospicio que ve al Oriente sobre la manzana que defendía el General Don Ignacio de la Llave, en la calle de la Estampa de San Agustín.

Familiarizados ya con el sistema de ataque de los franceses, comprendimos que una vez practicable la brecha vendrían las columnas de asalto. Con este motivo nos preparamos a resistirlo.

El General Berriozábal puso en la trinchera que llegaba a San Agustín con su manzana vecina, hacia el Oriente, dos cañones para batir a metralla la calle que debía atravesar la columna que asaltaría las posiciones del General La Llave, y cubrió los balcones de una y otra acera, con infantes que tenían igual objeto.

Yo corrí con un grupo de cabos y sargentos sobre las azoteas bajas barridas por los fuegos de los balcones del Hospicio, a caer a un patio de la última casa que hacía frente al Hospicio, dejando establecida al mismo tiempo con una cuadrilla de zapadores que hicieran perforaciones que me abrieran una comunicación menos peligrosa.

En la caída al patio de la casa de la esquina, se me inutilizaron dos soldados, pero con los ocho que quedaron disponibles, sostuvimos por las puertas de la tienda un fuego casi a quemarropa sobre la columna que atacaba al General La Llave, la cual fué cortada por nuestros fuegos, a más de los que recibía de la trinchera y balcones de la calle de San Agustín.

Cuando teníamos que hacer fuego a muy corta distancia en los combates de horadación, no acostumbraba yo cargar los fusiles con una bala, sino con cartuchos preparados con veinte

pequeñas balas cada uno. Así se explica la eficacia de mis fuegos sobre la columna que atacó las posiciones del General de La Llave.

En los ataques contra la manzana de San Agustín, la de la casa de la calle de Las Cabecitas, y la posición del General Llave, encontraron los franceses una resistencia vigorosa, que estaban muy lejos de esperar y que los obligó a retirarse. Fué tan grande la impresión que les causó esa resistencia, que llegaron a desesperar de tomar la plaza, y celebraron un concejo de guerra para decidir si levantaban o no el sitio. Es muy oportuno consignar aquí la relación que hace de estos ataques el Capitán G. Niox, del Estado Mayor General francés en un libro intitulado: 'Expedición de México en los años de 1861 a 1867. Reseña política militar', tomada de datos oficiales, pues aunque su relato es inexacto en algunos puntos, como cuando supone que nuestra artillería era superior a la francesa, contiene por lo demás una narración completa de lo ocurrido bajo el punto de vista del ejército francés.

EXPEDITION DU MEXIQUE 1867. RECIT POLITIQUE ET MILITAIRE PAR G. NIOX CAPITAINE D'ETAT-MAJOR — PARIS — LIBRAIRIE MILITAIRE DE J. DUMAINE, LIBRAIRE EDITEUR — RUE DE PANAY — 30 1874 PAGINA 261-267.

Ataque de las manzanas.—La toma del fuerte de San Javier no hizo avanzar tanto como se había esperado las operaciones del sitio; los mexicanos con una tenacidad, muy lejos de esperarse, se atrincheraron en las casas vecinas, a cincuenta metros solamente de los muros de la Penitenciaría, sus tiradores colocados en las azoteas hacían fuego sobre nuestras líneas de ataque cuyos trabajos dificultaban considerablemente. Las piezas de pequeño calibre que fueron llevadas al fuerte de San Javier, no fueron suficientes para derribar el muro de esas sólidas y macizas construcciones españolas. se intentó aunque inútilmente, volar las puertas: un ataque de sorpresa tampoco tuvo éxito alguno; y ni la aplicación de una mina dió ningún resultado. Las masas de piedras y escombros acumuladas tras de los muros de las casas: se transformaban en fuertes parapetos de cal y canto, en contra de los cuales de nada servían los

arbitrios ordinarios de los sitios. El trazado regular de las calles, cuyo paso estaba cubierto por enormes barricadas artilladas, permitía al enemigo formar de cien en cien metros, verdaderas líneas fortificadas de extrema solidez. Todas estas eran dificultades imprevistas. El General en Jefe dió orden de sitiar en regla cada una de las manzanas.

Se subieron a las azoteas más altas de la Penitenciaría, piezas de montaña para contestar los fuegos de los campanarios vecinos: se abrió una brecha en el convento de Gualupita [manzana núm. 2), y en la noche del 31 de Marzo el batallón de cazadores se hizo dueño de la posición, a pesar de una vigorosísima resistencia, y habiéndose practicado una enorme abertura con el auxilio de un saco de pólvora, en la casa vecina (manzana núm. 9) se logró ocuparla también. Los Mexicanos perdieron ochenta hombres muertos y sesenta prisioneros; los franceses dos muertos y ocho heridos.

Se arreglaron en orden de defensa las manzanas tomadas; pero por su parte los defensores de la plaza construyeron en poco nuevas barricadas más a retaguardia, abrieron troneras y cubrieron con sacos de tierra los edificios vecinos. Su nueva línea de defensa fué trazada desde el Carmen hasta Santa Anita, pasando por Santa Inés, San Agustín, la Merced y la iglesia del "Señor de los Trabajos". Retrocediendo paso a paso y volviendo a construir nuevas obras defensivas considerables, forzaban a los asaltantes a renovar incesantemente sus esfuerzos y sacrificios. El enemigo estrechaba el perímetro defensivo a medida del progreso de los asaltantes, y lejos de encontrarse debilitados por la pérdida de las manzanas de su línea primitiva, parecía que al contrario, juzgaba ventajoso replegarse a retaguardia de su segunda y tercera líneas, por causa de su menor extensión y ofrecer consiguientemente mayor facilidad de defensa. Por esto se dejó tomar sin grande resistencia las manzanas 8, 7, 6, 5, 3 y la 25, situadas fuera de su nueva área de defensa, y que poco les importaba perder: pero en la noche del 2 al 3 de Abril, se tuvo que hacer un alto por causa de la manzana núm. 26 en la que se hallaba un cuartel. (1)

Después de haber atravesado la calle bajo un nutrido fuego de fusilería, la columna de ataque, compuesta de un destacamento del 30. de zuavos, penetró en el edificio y dió con un

(1) La casa llamada Cuartel de San Marcos.

departamento obscuro sin más salida que un estrecho pórtico por el cual era necesario desfilarse uno a uno, al frente de dos obuses. Treinta hombres y el Capitán Lafanne a su cabeza, se lanzaron por ese paso, y por él llegaron a un patio rodeado de muros almenados, en donde se hallaron con todas las escaleras destruidas y todas las salidas barricadeadas. Agobiados por una lluvia de metralla, de granadas y fusilería, se vieron obligados a batirse en retirada, y volvieron todos heridos.

En ese mismo instante, el Comandante de Longueville se lanzaba de la manzana núm. 7 y sobre la núm. 21 (1) con dos compañías del 51 y una sección del cuerpo de ingenieros; y después de haber penetrado en la primera casa vino a chocar con un muro paralelo a la fachada y en el que habían dos líneas de almacenes. El Capitán Melot logró sin embargo sostenerse en un cuarto, en donde se hicieron esfuerzos para protegerlo, por medio de un camino cubierto al través de la calle; pero el fuego de fusilería de las azoteas y la metralla de una barricada cercana, impidieron ese trabajo.

El General de Berthier intentó infructuosamente dar la vuelta a dicha barricada por dos compañías del 10. de zuavos, pues que acogidas por un fuego terrible, se vieron forzadas a retroceder. Se dió entonces la orden de evacuar esa posición insostenible, pero para ello era preciso pasar de nuevo a descubierto bajo las descargas de metralla que barrían las calles. Todos nuestros heridos fueron sin embargo transportados a hombros y a paso veloz; al amanecer del día la compañía de granaderos del Capitán Melot, abandonó la casa en donde había dado tan bello ejemplo de valor y firmeza.

El día 4 de Abril se renovó el ataque sobre la manzana núm. 26: (2) tres compañías de los batallones 1 y 18 de cazadores de a pie se arrojaron con la mayor intrepidez, y después de haber penetrado por las brechas, los cazadores llegaron sin embargo hasta los cuartos interiores cuyas entradas se hallaban todas sólidamente obstruidas y los muros guardados con tres órdenes de almenas y con los techos llenos de claraboyas; ante tales obstáculos insuperables, tuvieron que replegarse. Se abandonó el ataque sobre el cuartel y se tra-

(1) La casa de la Cerbatana en la calle de las Cabecitas.

(2) Este ataque fue el segundo al Cuartel de San Marcos y tuvo lugar el 3 de Abril.

tó entonces de ocupar la manzana núm. 34, más no habiendo dado resultado un petardo que se adhirió a una puerta o cochera, se comenzó a colocar una doble línea de gaviones para poder atravesar la calle; también esta operación atrajo sobre nuestros soldados, un fuego de tal modo vivo, que todos los gaviones fueron destruidos por las balas, que hirieron a todos nuestros zapadores. Fué, pues, preciso renunciar a ello. Se taparon las aberturas trazadas en la manzana núm. 35 (Iglesia de San Marcos), que se había hecho para la salida de las columnas de asalto, y la artillería se limitó a hacer fuego sobre San Agustín, con el fin de impedir al enemigo que extinguiera un incendio que allí se había declarado.

El General en Jefe se trasladó a la manzana de San Marcos para examinar por sí mismo los obstáculos contra los cuales se habían allí estrellado los esfuerzos de nuestras tropas. Vió por todas partes barricadas erigidas y provistas de piezas de artillería, murallas almenadas, azoteas cubiertas con sacos de tierra, las cúpulas y campanarios de las iglesias cubiertas de tiradores perfectamente a cubierto. Pudo pues convencerse personalmente de las dificultades que presentaban esos ataques a viva fuerza, en que se perdían los más valientes soldados, porque siendo estos los que van siempre a la cabeza de las columnas, caían naturalmente los primeros. Comenzó entonces por disponer que se emprendiera la construcción de galerías de zapa; y en la noche quedó comenzado un camino cubierto en dirección de la manzana núm. 34, pero en un punto dado se dió con roca viva y el trabajo no pudo continuarse.

El día 5 de Abril se trasladaron al de San Marcos algunas piezas de a 12 con el objeto de abrir brechas para lo cual las piezas de montaña no eran eficaces, ni aun en buenas condiciones. Al día siguiente seis compañías del 10. de Zuavos atacaron de nuevo a la manzana núm. 34. (1) A las 5 de la tarde, una descubierta de treinta hombres mandada por el Teniente Galland y un destacamento del cuerpo de Ingenieros, penetraron rápidamente por la brecha; otra sección siguió sus pasos con igual brío; un fuego espantoso de metralla y fusilería se cernió desde luego sobre la calle, muchos de nuestros soldados cayeron muertos y los heridos arrojándose hacia atrás paralizaron el combate de la columna. El Co-

(1) Ataque a la posición del General Llave.

mandante Carteret-Trecourt, cogiendo a un zuavo por el brazo, lo arrastra consigo hasta el espacio que separa los dos cuadros y en donde la metralla barría con todo lo que encontraba a su paso: el Capitán Michelón y el Teniente Avéque se lanzan en su seguimiento, esperando por este medio arrastrar consigo a su compañía. Inútiles esfuerzos: El Capitán Michelón cae muerto y los otros dos oficiales heridos: el fuego del enemigo se concentraba sobre las aberturas de San Marcos y hace imposible la salida de la columna, forzándola a renunciar al ataque.

El Teniente Galland organizó la defensa en los cuartos que había ocupado, pues que toda retirada se había hecho imposible. A las 9 de la noche el enemigo le propuso que se rindiera, pero él rehusó: no teniendo víveres sus soldados y conociendo la imposibilidad de resistir, estos lo abandonaron sucesivamente: no permanecieron con él más que dos sargentos, dos cabos y un zuavo, (1) En tales condiciones tuvo que rendirse a su vez, después de haber obtenido para él, y los que no lo habían abandonado, el honor de conservar sus armas: cayeron pues prisioneros en la ocasión 36 hombres. Ese ataque infructuoso costó además un oficial muerto, dos heridos, ocho soldados muertos y diez ocho heridos.

Consejo de guerra.—Las contrariedades sufridas en la noche del 2 al 3 de Abril, en la del 4 al 5, y del 6 al 7, no habían agotado todavía la energía de nuestras tropas; y sin embargo era imposible dejar de conocer que habían producido en su moral un efecto azás penoso. Las circunstancias tenían, pues, un cariz de gravedad; el General en Jefe reunió un consejo de Guerra de los Generales de División y de los Jefes de servicio, con el objeto de oír su opinión respecto de

(1) No es exacto lo que dice el Capitán Niox respecto del Teniente Galland, pues aunque es cierto que era un oficial de mucho valor, no pudo organizar ninguna defensa, ni se rindió hasta las nueve de la noche: al principio contestó con brío a las intimaciones que se le hacían, diciendo que los zuavos jamás se rendían: pero esta resistencia esforzada duró pocos momentos, y luego que comprendió que su posición era insostenible, se rindió a discreción con los treinta y tantos zuavos que lo acompañaban en la zahurda en que se había refugiado; y esto se verificó antes de que oscureciera, cosa de tres horas antes de las nueve de la noche.

la dirección de las operaciones ulteriores. En dicho consejo se discutió:

1o. Si era necesario en vista de la superioridad de la artillería enemiga, suspender los ataques y esperar la llegada de cañones de grueso calibre, que se pedirían al Almirante en jefe de la escuadra del Golfo:

2o. Si era necesario suspender el sitio y mantener solamente una fuerza de observación sobre Puebla, para marchar desde luego sobre la ciudad de México.

3o. Si era necesario abandonar la circunvalación de Puebla y marchar sobre México con todo el ejército.

Estos dos últimos arbitrios o resoluciones debían tener el grave inconveniente de aumentar la exaltación de los adversarios de la Intervención y la animación de sus sostenedores. El General en Jefe desechó, pues, todos esos dictámenes y se resolvió a proseguir el sitio.

Se abrigó la idea de dirigir contra los fuertes de Teotihuacán y el Carmén un ataque análogo al que había hecho caer el de San Javier. Hubiera sido ese plan tanto más oportuno, cuanto que invistiendo a la plaza por ese lado, se enfilaban los cuadros en el sentido de su menor espesor, disminuyendo en tal concepto considerablemente las dificultades; pero el Comandante de artillería expresó el temor de que las municiones existentes no fueran suficientes para ese doble ataque. Fué pues preciso, resignarse a proseguir el lento procedimiento y a la vez sangriento de los avances graduales hacia el centro de la plaza. Ya no había más que 600 kilogramos de pólvora de mina, y por otra parte no podía pensarse en hacerse una guerra subterránea. Un período de suspensión iba forzosamente a imponerse a las operaciones del sitio en espera de la llegada de nuevos contingentes de municiones.

En ese primer período del sitio las pérdidas habían sido:

Un Oficial general muerto, cinco oficiales muertos, dos oficiales muertos a consecuencia de sus heridas, 39 oficiales heridos, 56 soldados muertos, 443 heridos, de los cuales se hallaban todavía en las ambulancias 250.

La artillería de la plaza había hecho cerca de 25,000 tiros de cañón y lanzado unas mil bombas.

DOCUMENTACION

Inserto en seguida el parte oficial que rendí al General González Ortega, en Jefe del Ejército de Oriente, del ataque de los franceses al Cuartel de San Marcos, que fué rechazado por las fuerzas que estaban a mis órdenes

PARTE DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ SOBRE EL
COMBATE EN EL CUARTEL DE SAN MARCOS
EN PUEBLA

2 DE ABRIL DE 1863

Abril 2 de 1863.—Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Con esta fecha me dice el Sr. Cuartel Maestro lo que sigue: El señor General Porfirio Díaz, perteneciente a la División del ciudadano General Berriozábal, encargado de la línea de vanguardia de San Agustín me dice lo que copio:

"Tengo la honra de participar a usted que en la brigada de mi mando han ocurrido en la noche de ayer y madrugada de hoy, las novedades siguientes:

"A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, el enemigo que se halla en el Hospicio, abrió una brecha con artillería en el cuartel de San Marcos, y se lanzó por ella en número considerable hasta ocupar la mitad del patio del edificio, y los defensores de éste el resto de él.

En este estado permanecemos sosteniendo un rudo combate hasta la media noche, a cuya hora volvió el enemigo a sus puestos, dejando en su fuga muertos y armas, que aún no puede recoger, por no permitírsele nuestros fuegos.

Como a las dos de la mañana, el enemigo que se hallaba cerca de la plazuela de San Agustín, abrió una brecha con ar

tillería en la manzana que manda el ciudadano Coronel Alcázar, lanzándose a continuación hasta ocupar parte de una casa, en cuya posición sostuvo un combate con los defensores de la línea hasta las cinco de la mañana, a cuya hora fué completamente rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos y armas, y en la calle otros de los primeros y varias de las segundas, que tampoco se le permite recoger.

Excuso hacer a usted recomendaciones especiales de los pundonorosos jefes, oficiales y tropa con cuyo mando me honro, y sólo le diré que todos ellos han manifestado que conocen cuánto vale la dignidad de una nación libre, que los ha honrado confiando a su denuedo el crédito de sus armas.

Por mi parte felicito a usted cordialmente y al ciudadano General en Jefe, reiterándole las protestas de mi justa consideración.—Porfirio Díaz".